

NOTAS

- (1) Se entiende el invierno del mismo año 312, pues pocas semanas fueron suficientes para apaciguar y ordenar Roma. Allí se juntó con Licinio, que iba a contraer matrimonio con una hermana suya, y tratarían probablemente sobre el próximo edicto de libertad de cultos.
- (2) Esta ciudad debe identificarse con Perinto, que precisamente a comienzos del siglo IV empezó a llamarse Heraclea. Tenía buena guarnición por encontrarse en la vía imperial y estar defendida sobre un promontorio.
- (3) Esta ciudad, llamada antes Orestia, tomó después el nombre del emperador Adriano, que la había engrandecido; se hallaba en el centro de la Tracia, en terreno muy fértil y de notable importancia estratégica.

XLVI

Licinio y Maximino se enfrentan y se preparan para la batalla decisiva.

Cuando ya los ejércitos se fueron acercando se preveía que estaba próximo el día de la batalla. Entonces Maximino hizo a Júpiter el siguiente voto (1), que si alcanzaba la victoria acabaría con el nombre de los cristianos y los exterminaría de raíz. Aquella misma noche se apareció a Licinio un ángel de Dios mientras dormía (2), ordenándole que se levantara al momento y que orase al sumo Dios, con todo su ejército, que la victoria sería suya si tal hacía. Después de tales palabras le pareció que se levantaba y que el mismo que se lo había ordenado estaba a su lado y le enseñaba de qué forma y con qué plegarias había de orar. Al despertar ordenó al punto que viniera un amanuense y le dictó las mismas palabras que había escuchado: *Sumo Dios* (3), *te rogamos; santo Dios, te rogamos. Te encomendamos la justicia de nuestra causa, te encomendamos nuestra salvación. Nuestro mismo Imperio también te lo encomendamos. Por ti vivimos, por ti, victoriosos y felices, existimos. Sumo, santo Dios, escucha nuestras oraciones; hacia ti levantamos nuestros brazos; óyenos, santo, sumo Dios.* Escriben estas plegarias en muchas tablillas, y por medio de los jefes y tribunos son repartidas, para que cada cual las enseñe a sus soldados. Aumentaron con ello los ánimos de todos, pareciéndoles que la victoria les había sido anunciada desde el cielo. Señala el emperador la batalla para la víspera de las calendas de mayo, que coincidían con el octavo año del nombramiento de Maximino, para que fuese especialmente vencido en el mismo día de su exaltación, como también Majencio lo había sido en Roma. Maximino quiso hacer las cosas antes, y el día anterior, ya de mañana; pone en orden sus tropas, para poder celebrar al día siguiente como vencedor la fecha de su aniversario. Avisan que hay movimiento en los campamentos de Maximino. Los soldados cogen sus armas y salen al encuentro. Había entre medias un campo estéril y pelado que le denominan Sereno. Ambos ejércitos estaban ya a la vista. Entonces los licinianos sueltan sus escudos, se quitan los cascos, levantan sus manos al cielo, y yendo delante los oficiales, rezan la plegaria por el emperador. Escucha el ejército que iba a ser derrotado el murmullo de los que rezan; mas ellos, después de

decir tres veces su oración, completamente llenos de valor, se calan los yelmos en sus cabezas y cogen sus escudos. Se adelantan los generales a parlamentar. Maximino no pudo ser inducido a la paz; pues despreciaba a Licinio y hasta creía que sus soldados le iban a abandonar, puesto que era poco dadivoso con ellos, y él, en cambio, resultaba muy espléndido; y precisamente por ese motivo había dispuesto la guerra: para recibir primero, sin necesidad de lucha, el ejército de Licinio, y después marchar inmediatamente con dobles fuerzas contra Constantino.

NOTAS

- (1) Lactancio acentúa el carácter de conflicto religioso entre los dos emperadores, insistiendo en detalles muy discutibles, mientras que en realidad ni Maximino se preocupaba mucho del problema religioso ni Licinio era personalmente muy entusiasta de los cristianos, aun siendo ya compañero de Constantino.
- (2) También aquí hay un sueño misterioso a favor del cristianismo, cuando, según hemos dicho, Lactancio calla la tradición del "*in hoc signo vinces*". Tal vez se trate de un caso de confusión o reduplicación sobre un indiscutible fondo histórico.
- (3) Nótese el estilo de plegaria litánica de la oración. Tal vez no fuera difícil encontrar un precedente literario en las primitivas fórmulas de oración de la iglesia oriental.

XLVII

Victoria de Licinio sobre Maximino.

Cuando ya comienzan a acercarse, las trompetas resuenan y avanzan las banderas. Los licinianos, arremetiendo con fuerza, penetran en las filas enemigas. Estos, aterrados, no tienen tiempo de usar sus espadas y arrojar los dardos. Maximino ronda por el campo y pretende atraerse los soldados licinianos ora con ruegos, ora con dádivas. Nadie le hace caso. Arremeten contra él y ha de volverse a los suyos. Sus tropas eran castigadas sin resistencia, y tan gran número de legiones y tantos soldados eran degollados por pocos. Nadie tenía conciencia de su propio honor, del propio valor militar, de las condecoraciones otras veces conseguidas; parecía que marchaban al sacrificio (1), no a la pelea. De tal modo el sumo Dios los había entregado para que los destruyeran sus enemigos. Ya había caído muerta una gran muchedumbre, cuando ve Maximino que los acontecimientos se desarrollan de distinta manera de lo que él pensaba, y entonces, despojándose de la púrpura y vistiéndose una ropa de esclavo, huyó y cruzó el mar. En su ejército, más de la mitad cayó en la refriega, y el resto, o se entregó o emprendió la fuga. Perdieron la vergüenza de desertar al ver que eran abandonados por su emperador. Este, en las calendas de mayo, es decir, en una noche y un día, llegó a Nicomedia a la noche siguiente, a pesar de encontrarse el lugar de la batalla a 160 millas; allí cogió a sus hijos y a la mujer, y con un reducido séquito de su palacio, se dirigió al Oriente. Se detuvo en Capadocia, donde reunió los soldados que habían huido y otros de aquellas regiones. Allí de nuevo volvió a vestir la púrpura imperial.

NOTA

- (1) Su estado de ánimo era el de víctimas llevadas al sacrificio que no muestran resistencia.

XLVIII

Constantino y Licinio, con el edicto de Milán, conceden la libertad a la Iglesia.

Licinio, por su parte, después de recibir la rendición de una parte del ejército de Maximino y de distribuirlo, pasó con sus tropas a Bitinia, pocos días después de la batalla, y entrando en Nicomedia dio gracias a Dios, con cuya protección había vencido; y el día de los idus de junio, siendo Constantino y él por tercera vez cónsules, mandó que fuesen publicadas disposiciones del siguiente tenor, dirigidas al presidente (1):

“Habiéndose reunido felizmente en Milán, tanto yo, Constantino Augusto, como yo, Licinio Augusto, y habiendo tratado todo lo referente a la utilidad y seguridad pública, entre otras cosas, creímos debían resolverse las de más provecho para muchos hombres, entre las que figuran el modo de dar culto a la divinidad, y así acordamos dar a los cristianos y a todos en general libre facultad para seguir la religión que cada uno estime conveniente, con el fin de tener aplacadas y propicias a cualquiera de las divinidades que en el cielo habiten, tanto para con nosotros y nuestras cosas como para con todos los sometidos a nuestro poder. Por lo cual, tomar una resolución de esta clase, nos pareció saludable y muy puesto en razón, de no prohibir a nadie que siga la religión cristiana o se convierta a la misma, si es que la tiene por la mejor; para que de esta forma la suma divinidad, a cuyo culto rendimos libre homenaje, manifieste con todos su acostumbrado favor y benevolencia. Por tanto, estará bien que vuestra dignidad sepa que hemos acordado abolir todas las anteriores disposiciones dadas por escrito, al hacernos cargo del mando, sobre la condición de los cristianos, y abrogar las que parecían hallarse en pugna contra nuestra clemencia o eran demasiado perniciosas y desde ahora sencilla y libremente, todo el que quiera guardar las leyes de la religión cristiana, podrá hacerlo sin que se le inquiete y moleste. Hemos creído manifestarlo así claramente a vuestra solicitud para que sepáis que hemos dado libre y absoluta facultad de practicar su religión a los mismos cristianos. Y al venir en conocimiento de esta permisión nuestra, entenderá igualmente vuestra dignidad que también a los demás hemos concedido libertad y libre poder (2) de guardar su religión, con objeto de que haya paz.

y en dar culto conforme a las creencias propias, sean todos libres y nadie crea que nosotros pretendemos ir contra el honor o la religión de nadie. Y además hemos pensado establecer lo siguiente, en orden a las personas de los cristianos, que si aquellos lugares en los que antes solían reunirse y que estaban comprendidos en las instrucciones escritas que se os dieron al posesionaros de vuestro cargo, hubiesen sido comprados por entonces, ya por los particulares ya por nuestro fisco, séanles devueltos a los cristianos sin exigirles ningún dinero o precio, sin recurrir a engaños o ambigüedades; aun aquellos que los adquirieron por donación, igualmente que los devuelvan cuanto antes a los mismos cristianos; y asimismo aquellos que los compraron o que los recibieron, háganlo por medio de nuestro representante o vicario y se les resarcirá por este conducto conforme a nuestra acostumbrada clemencia. Todas estas cosas convendrá que sean devueltas lo más pronto posible a la corporación de los cristianos por vuestra intervención y sin dar lugar a dilaciones. Y como se sabe que los mismos cristianos poseían bienes no sólo en aquellos lugares en que acostumbraban a reunirse, sino también en otras partes y los cuales pertenecían al derecho de la comunidad, esto es, a las iglesias, no a los particulares; todos esos bienes, que están comprendidos en la ley que más arriba hemos decretado, bajo ninguna duda o controversia, ordenamos que sean devueltos a los mismos cristianos, es decir, a su corporación y a sus iglesias, teniendo en cuenta la razón anteriormente señalada, que ellos los devuelvan sin exigir precio, como dijimos, pero que esperen una indemnización de nuestra benevolencia. En todo lo cual deberá mostrarse vuestra intervención eficacísima en favor de la dicha corporación de los cristianos, para que nuestro mandato se ejecute cuanto antes, pues también por este medio queremos procurar la pública tranquilidad, según nuestra clemencia. Así sucederá que, como más arriba indicamos, la protección divina, que en tantas ocasiones hemos experimentado, seguirá acompañándonos por todo el tiempo, para que se desarrollen prósperamente los acontecimientos en beneficio del público bienestar. Para que pueda llegar a conocimiento de todos muestra auténtica de nuestro decreto y bondad, las expondréis por escrito en todas partes y haréis que todos las sepan, presentándolas mediante una carta vuestra, para que sea rápido y patente el efecto de nuestra benevolencia.”

Después de expedir tal decreto, aún exhortó con palabras que las asambleas de los cristianos se restituyeran a su primitivo estado. De este modo, desde la destrucción de la Iglesia hasta su restablecimiento pasaron diez años y cuatro meses, poco más o menos.

NOTAS

- (1) Se trata del presidente de la Bitinia. Esto ocurría el 13 de junio del 313; pero el edicto había sido acordado en Milán en los primeros meses del año y en las otras provincias ya había sido publicado, mientras que en oriente, donde todavía reinaba Maximino o se hallaba la lucha en curso, todavía no había habido posibilidad de promulgarlo.
- (2) Véase por este párrafo y el inmediato anterior que el edicto es de libertad de culto, provechosísimo para el cristianismo, hasta entonces oficialmente proscrito, pero que no crea a favor de éste ninguna situación de privilegio.

XLIX

Miserable fin y dolorosa muerte de Maximino.

Dejó paso libre a Licinio, que le seguía con su ejército el prófugo tirano (1), y se dirigió a los desfiladeros del monte Tauro (2), pretendiendo cerrarle el paso con torres y fortificaciones que levantó; pero arrojado también de allí, por arrasarlo todo los vendedores, se acogió finalmente a Tarso. Y allí, sintiéndose perseguido por tierra y mar y sin esperanza de encontrar otro refugio, con el alma angustiada y desesperada, recurrió a la muerte como a remedio de todos los males que Dios había hecho caer sobre su cabeza. Pero primero se atiborró bien de comida y se apipó de vino, como suelen hacer los que echan mano de esta última solución, y de esta forma bebió el veneno. Mas los efectos del tóxico no fueron inmediatos por encontrar el estómago lleno y se tradujeron en una enfermedad semejante a la peste, sintiendo de esta forma los retorcijones por más tiempo al prolongársele la vida. Con todo, el veneno empezaba a obrar, y llegando su eficacia a abrasar las mismas entrañas, por lo inaguantable del dolor, terminó por extraviársele la razón, siendo durante cuatro días presa de la locura hasta el extremo de llegar a comer la tierra que arrancaba con las manos, como si estuviera hambriento. Al fin, después de muchos y terribles sufrimientos, a fuerza de dar con la cabeza en las paredes, se le saltaron sus ojos de las órbitas. Y entonces, por último, al perder la vista, comenzó a ver a Dios que le juzgaba, rodeado de ministros vestidos de blanco. Gritaba entonces como suelen hacerlo los que son atormentados, diciendo que no él, sino otros, lo habían hecho. Y concluía, como obligado por los dolores, por confesar a Cristo, pidiéndole y suplicándole de vez en cuando, que se compadeciese de él. De esta forma, en medio de desgarradores gemidos, que profería como si le quemasen, exhaló su espíritu malvado y detestable con tal clase de muerte.

NOTAS

- (1) Después de la derrota, Lactancio ya no da más el nombre de soberano a Maximino.
- (2) Eran éstas las llamadas "puertas de Cilicia", por donde pasaba la vía principal que bajaba a Tarso y proseguía hasta Siria.

L

Licinio acaba con los parientes y partidarios de los otros emperadores.

Así Dios fue destruyendo a todos los perseguidores de su nombre, para que no quedara de ellos simiente ni raíz alguna. Pues Licinio, una vez que consiguió plenos y absolutos poderes, empezó por mandar se diese muerte a Valeria (1), a quien Maximino no se había atrevido a matar ni después de su derrota, cuando estaba lleno de despecho y comprendía que le esperaba la destrucción. Otro tanto ordenó respecto a Candidiano, a quien Valeria había adoptado por ser estéril, si bien era hijo de una concubina. Cuando la dama supo que había vencido Licinio, cambiando de ropas, se confundió entre la muchedumbre en espera de la suerte que pudiera caberle a Candidiano. Este, puesto que se había presentado en Nicomedia y parecía que se le guardaban consideraciones, sin sospechar semejante cosa, fue asesinado. Al enterarse su madre, se dio al momento a la fuga. También condenó a muerte a Severiano, hijo de Severo, joven ya fuerte, que había seguido a Maximino en su huida, como si tuviese idea de vestirse la púrpura después de su muerte. Todos los cuales, porque temían de antiguo a Licinio, como a persona que les quería mal, prefirieron seguir a Maximino, excepción hecha de Valeria, la cual, sin embargo, se negó a que Licinio sucediera en todos sus derechos hereditarios a su esposo Maximiano, como también se lo había negado a Maximino. Además dio muerte al hijo mayor de Maximino, que sólo contaba ocho años, y a una hija de siete, que había sido prometida en matrimonio a Candidiano. Aunque antes había mandado arrojar al Orontes a la madre de éstos; como también ella había ahogado a muchas castas matronas en este río. De este modo, todos los impíos, por verdadero y justo juicio de Dios, recibieron los mismos castigos que ellos habían dado.

NOTA

(1) Valeria era la mujer de Galerio, y Candidiano, su hijo.

LI

Fin de Prisca y Valeria, viudas de Diocleciano y Galerio.

Valeria de Prisca, después de haber andado errando durante quince meses, disfrazada con vestidos plebeyos por varias provincias, por último fue reconocida en Tesalónica (1) y apresada, y juntamente con su madre fueron condenadas. Conducidas, pues, ambas damas al lugar de la ejecución, entre la expectación y conmiseración de la muchedumbre por una tan gran desgracia, les fueron cortadas las cabezas y sus cuerpos echados al mar. Su honestidad y condición (2) fueron la causa de su ruina.

NOTAS

- (1) Por corrupción del nombre se ha convertido en la moderna Salónica. El hecho de andar hacia Tesalónica hace pensar que quisiera Valeria refugiarse en Dalmacia, donde eran mayores los recuerdos de su padre, tanto más que ahora se encontraba con su madre, Prisca, esposa de Diocleciano.
- (2) Por no haberse plegado Valeria a casarse con Licinio. Su condición, por ser viudas de emperadores y resultar sospechosas.

LII

Acción de gracias a Dios por el triunfo de la Iglesia cristiana.

Todas estas cosas juzgué que debía escribirlas fielmente (1), conforme sucedieron —y habla a quien está bien enterado de ellas— para que no se perdiese el recuerdo de hechos de tanta trascendencia ni pudiese nadie desfigurar la verdad, si trataba de escribir esta historia, ya callando los crímenes de los perseguidores contra Dios, ya el castigo que el Señor les dio. A cuya eterna piedad debemos todos dar gracias porque finalmente dirigió sus ojos hacia su heredad y se dignó agrupar y restaurar a su grey en parte destrozada por lobos rapaces, en parte dispersa, exterminando las bestias feroces que habían pateado los prados de su divino rebaño y echado por tierra sus albergues. ¿Dónde se encuentran ahora aquellos tan rimbombantes y celebrados apellidos entre los gentiles de los Joves y Hercúleos, que fueron utilizados en primer término por Diocletes y Maximiano con toda petulancia y que después estuvieron de moda al apropiárselos sus sucesores? A decir verdad, los borró el Señor de la faz de la tierra. Celebremos, por tanto, el triunfo de Dios con toda alegría y la victoria del Señor repitémosla con nuestras alabanzas. Con plegarias diurnas y nocturnas celebrémosla; y no cesemos de celebrarla para que la paz concedida a su pueblo al cabo de diez años tenga confirmación para siempre. Y sobre todo tú, Donato queridísimo, que mereces ser oído por Dios, ruega al Señor para que, manso y propicio, conserve a sus siervos por su eterna misericordia, para que aparte de su pueblo todas las asechanzas y ataques del diablo, para que guarde siempre en eterna paz a su Iglesia renacida (2).

NOTAS

- (1) Esta declaración de Lactancio, apoyada además con un testigo contemporáneo como Donato, nos aseguran su veracidad, lo que no impide el que haya interpretado algunos hechos o los haya enmarcado según su particular punto de vista.
- (2) El voto de Lactancio se cumplió por largo tiempo, en lo que a persecuciones se refiere; pero otras luchas esperaban a la Iglesia, quizá más difíciles: las herejías.

APENDICE I (1)

HISTORIA ECLESIASTICA DE EUSEBIO DE CESAREA (LIBRO OCTAVO) (2)

(Estado de la Iglesia antes de la persecución de Diocleciano)

Nosotros, desde luego, no somos capaces de explicar la mucha honra y gloria y al mismo tiempo la libertad que alcanzó la doctrina del culto al verdadero Dios y por Cristo predicada en primer lugar a los hombres. Libertad que alcanzó a todas partes, lo mismo entre los griegos que entre los bárbaros, antes de la persecución que estalló en nuestros días. Tal vez la causa se halle en la benignidad de los emperadores para con los nuestros, a los cuales hasta les encomendaban el gobierno de las provincias, librándoles del miedo que pudiera cogerles a tener que sacrificar por la especial benevolencia con que se encontraban dispuestos hacia nuestra religión. ¿Qué necesidad habrá de recordar a los que vivían en los mismos palacios de los emperadores y qué decir de los mismos emperadores? Los cuales dieron permiso a sus aúlicos y a las mujeres de ellos, así como a sus libertos y esclavos, para que pudieran practicar libremente en su misma presencia los cultos de su religión, tanto de palabra como de obra. Por la libertad que encontraban en su fe se gloriaban y contaban con la permisión de los emperadores que parecían distinguirlos entre todos sus ministros con particular amor. Entre éstos se encontraba aquel Dorotheo que supo manifestar su gran benevolencia y fidelidad para con

los príncipes, y por esta razón alcanzó mayor honor que todos los magistrados y gobernadores de provincias. A éste hay que añadir aquel celeberrimo Gorgonio y a todos los restantes que por su fidelidad a la doctrina del Señor consiguieron con ellos la misma gloria. De semejante modo podrías observar cómo por todos, así los particulares como los rectores de las provincias, se rendían a los prelados de todas las Iglesias el mayor honor, el respeto y la consideración. ¿Pero quién será capaz de referir conjuntamente la incontable muchedumbre de personas que diariamente se acogía a la fe de Cristo, quién el número de las iglesias en cada ciudad, quién la afluencia de ciudadanos distinguidos que se congregaban en los edificios sagrados? Por lo cual fue necesario que se levantasen desde los cimientos iglesias espaciosas en todas las ciudades, no pareciendo suficientes los antiguos edificios. Y a pesar del diario desarrollo de los templos y de que continuamente eran adornados y enriquecidos, ninguna amenaza les asustaba, ni la malignidad del demonio les causaba espanto, ni nunca las insidias de los hombres pudieron impedirlo mientras la diestra de Dios omnipotente velaba por su pueblo, por ser digno de tal salvaguardia.

Pero habiendo empezado a declinar hacia la negligencia y la desidia por culpa de la demasiada libertad y unos a tener envidia y a criticar a los otros; como nos hiciésemos entre nosotros mismos una guerra fratricida hiriéndonos mutuamente con las palabras a la manera de armas y lanzas; como los prelados luchasen contra los prelados y los pueblos contra los pueblos levantando revueltas y tumultos; por último, aumentando los fraudes y los engaños hasta el ápice de la malicia, entonces la divina justicia empezó a amonestarnos primero con brazo suave, como acostumbra, casi sin sentir y moderadamente, sin tocar aún al cuerpo general de la iglesia y pudiéndose reunir todavía las multitudes de fieles libremente; la persecución estalló en sus comienzos por los que ejercían la milicia. Mas faltos totalmente de prudencia, ni siquiera nos preocupamos de aplacar la bondad divina, es más, procediendo como los impíos que se figuran que los acontecimientos humanos no los rige ninguna providencia, fuimos añadiendo cada día nuevos crímenes a los anteriores. Nuestros mismos pastores, sin tener en cuenta las ordenanzas de la religión, luchaban entre sí con mutuas querellas, no teniendo otra obsesión que buscar pleitos, amenazas, rencillas y odios para aumentar

las enemistades, reclamando la prelatura como si se tratase del gobierno civil, y entonces finalmente, como dijo Jeremías, *oscureció el Señor en su enfado a la hija de Sión y borró del cielo la gloria de Israel, ni tuvo memoria del escabel de sus pies en el día de su ira. Soterró el Señor toda la honra de Israel y destruyó todos sus lagares* (Trenos, 2, 1). Y como en los salmos había sido predicho: *Anuló el testamento de su siervo, profanó en la tierra su santidad*, a saber, por la destrucción de las Iglesias. *Destruyó todos sus lagares, convirtió en pánico sus fortificaciones. Le dispersaron todas las turbas del pueblo que pasaban por el camino, y, por tanto, vino a ser la vergüenza para todos sus vecinos. Pues dio poder a la diestra de sus enemigos; y les privó de la ayuda de su espada, ni les prestó socorro en la guerra.*

EDICTOS DE PERSECUCION

Corría el año 19 del imperio de Diocleciano, cuando en el mes Distro, que los romanos llaman marzo, acercándose el día de la fiesta de la Pasión del Señor, fueron publicados por todas partes los edictos imperiales en los cuales se mandaba que las iglesias fuesen arrasadas hasta el suelo y los libros sagrados consumidos por las llamas, que las personas honorables serían fichadas con la nota de infamia y los plebeyos privados de su libertad si persistían en continuar en la fe cristiana.

Y éste fue el primer edicto de este tenor promulgado contra nosotros. Mas no mucho después llegaron otras nuevas letras, en las cuales se mandaba que todos los prelados de las iglesias de cualquier parte fueran primeramente puestos en la cárcel y que después se obligase a todos a sacrificar a los dioses.

(CONDUCTA DE LOS PERSEGUIDORES)

Entonces, la mayor parte de los pastores de las Iglesias, aguantando animosamente terribles suplicios, dieron el espectáculo de grandes combates; pero muchísimos otros, cuyo ánimo se turbó con el temor, cedieron fácilmente desde el primer asalto. Mas cada uno de los que permanecieron fieles sufrió tormentos de

diversa especie; unos fueron flagelados con azotes, otros dilacerados sus cuerpos con garfios de hierro y con torturas intolerables, bajo las cuales algunos terminaron desgraciadamente su vida. Pero otros salieron de la lucha de un modo diferente: a uno, que con violencia lo habían acercado a los sacrificios sucios e impuros, le despedían de allí como si hubiese sacrificado, aunque él se había abstenido; otro, que ni se había acercado ni tocado nada de inmundo, aunque varios decían que había sacrificado, se marchaba soportando el silencio de tal calumnia; a un tercero, levantado medio muerto, le arrojaron en tierra como si fuese un cadáver, y luego, permaneciendo en aquella misma postura, le arrastraban de nuevo por los pies por un largo espacio y terminaban por inscribirlo en la lista de los que habían sacrificado. Alguno gritaba y declaraba en voz alta su negativa a sacrificar a los dioses, otro afirmaba ser cristiano, preciándose de confesar el nombre del Salvador, otro proclamaba con energía que no había sacrificado ni jamás sacrificaría. Sin embargo, también éstos, después de herirles en la boca y obligarles a callar con puñetazos dados por una fila de soldados dispuestos para este fin, les echaban violentamente con el rostro y las mejillas molidos. Así los enemigos de la religión estimaban como una gran fortuna si aparentemente parecía que habían conseguido su intento por todos aquellos medios. Pero resultaron vanos todos los esfuerzos contra los santos mártires. ¿Qué palabras bastarán para relatar con exactitud estos hechos?

LA PERSECUCION MILITAR

Podría contarse cómo millares de cristianos han dado pruebas de un admirable celo por la religión del Dios del universo, no sólo desde el momento en que se desencadenó la persecución general, sino mucho antes, esto es, desde que reinaba la paz soberana. En efecto, aquel que había tenido el gobierno de este mundo, despertándose de repente como de un profundo sueño, después del intervalo que siguió a la persecución de Decio y de Valerio, ocultamente y como en la sombra, tendió emboscadas a las Iglesias y no declaró la guerra a todos a la vez, sino que probó al principio contra los militares, persuadido de que si en la lucha hubiese

vencido, primeramente a éstos, lograría fácilmente hacer sucumbir también a los demás. Y entonces se pudo ver que muchísimos, dejando la milicia, quisieron volver gustosos a su vida privada, antes que renegar de la religión del supremo Creador de todas las cosas.

Así un jefe militar, cuyo nombre se ignora, comenzó la persecución contra las tropas. Después de completar el censo de los que estaban en fila y de haberlos purificado con las ceremonias de la lustración, dio a escoger: o conservar su categoría, si obedecían a los emperadores, o, al contrario, ser privados de ella, si se oponían a la orden dada. La mayoría de los soldados del reino de Jesucristo, sin vacilación alguna, prefirieron la confesión de su fe a la gloria del siglo y a las ventajas de que gozaban. De éstos uno o dos tuvieron que soportar no sólo la pérdida de su dignidad, sino también su condenación a muerte por la resistencia opuesta en favor de la religión; pues el que tendía las insidias usaba de mucho miramiento y en raros casos se atrevía hasta derramar la sangre, temiendo, a lo que parece, a la muchedumbre de fieles y no queriendo afrontar la lucha contra todos conjuntamente. Mas cuando ya más abiertamente se mostró pronto a combatir, es imposible decir cuáles y cuántos mártires de Dios se vieron en todos los lugares y ciudades.

HEROISMO DE UN CRISTIANO DE NICOMEDIA

Apenas se fijó en Nicomedia el edicto contra las Iglesias, un sujeto, no oscuro, sino muy nombrado por los cargos dignamente desempeñados, movido por el celo de Dios e inflamado por el ardor de la fe, arrancó el cartel puesto en un lugar público, lo rasgó como impío y sacrílego, aunque estaban presentes en aquella ciudad los dos emperadores (3), de los cuales el más anciano tenía el poder supremo y el otro el cuarto grado después de él en la jerarquía imperial. Aquel sujeto fue el primero de los habitantes del lugar en hacerse insigne con uno de estos actos; sometido inmediatamente a suplicios tales como naturalmente convenían a su atrevimiento, conservó la serenidad y la calma hasta el último suspiro.

MARTIRIO DE LOS PRESIDENTES EN LOS PALACIOS IMPERIALES

Sobre todos aquellos que se hicieron dignos de admiración o célebres por su valor, ya entre los griegos, ya entre los bárbaros, nuestro tiempo ha puesto a los gloriosos mártires de Dios, esto es, Doroteo y los demás nobles palatinos, juzgados dignos de un honor más grande que el de los mismos príncipes y tratados afectuosamente como hijos. A la gloria y a las delicias del siglo prefirieron la verdadera riqueza, los padecimientos, los oprobios por la defensa de la religión, y contra los mismos se inventaron todas las diversas especies de muerte.

Sólo mencionando cómo uno de ellos terminó la vida, se comprenderá también lo que sucedió a los demás. Fue conducido al centro de la sobredicha ciudad (Nicomedia) ante los príncipes ya indicados. Recibida la orden de sacrificar a los dioses, se negó a ello; entonces mandaron levantarlo desnudo en alto y rasgarle todo el cuerpo con azotes, hasta que, vencido, aun a pesar suyo, hiciese cuanto se le mandase. Y como en medio de los dolores permanecía incommovible, y tenía descubiertos hasta los huesos, prepararon una mezcla de vinagre con sal, que echaron en los miembros ya deshechos. Soportando él estos suplicios, llevaron al medio una parrilla con fuego, y como se hace con la carne para servirla a la mesa, pusieron encima de ella lo que restaba de su cuerpo, pero no todo a la vez ni una vez sola, para que no muriese demasiado pronto, sino para que se consumiese lentamente. Ni se permitía a los verdugos que le habían puesto sobre el fuego que soltasen a la víctima, si en medio de tan atroces tormentos no había antes dado señales de querer obedecer. El, perseverante en su constancia, expiró vencedor en los mismos espasmos. Tal fue el martirio de uno de los servidores imperiales, digno verdaderamente de su nombre: se llamaba Pedro.

No menos tremendos fueron los suplicios de los demás, que omitiremos por amor a la brevedad. Baste decir solamente cómo Doroteo y Gorgonio, juntamente con muchos empleados en el servicio del emperador, después de varios combates, muertos con el lazo al cuello, consiguieron el premio divino prometido a los triunfadores.

También por entonces Antimo, obispo de la Iglesia de Nico-

media, por confesar a Cristo, fue decapitado en aquella misma ciudad. A éste se le añadió una enorme multitud de mártires. Porque por aquellos días, no se sabe por qué accidente fortuito, en el palacio se había producido un incendio. Y como se lo atribuyese por autores a los nuestros el público rumor, a causa de una falsa sospecha, por mandato imperial, todos los que allí eran adoradores de Dios, en pelotón con sus familias, unos a espada y otros por la hoguera perecieron. Se dijo que hombres y mujeres, rápidamente, se arrojaron al ardiente fuego, como movidos por cierto divino impulso que no puede explicarse con palabras. Fueron también incontables los que apresados y colocados en lanchas fueron arrojados por los verdugos al profundo del mar. Y hasta los mismos cuerpos de los nobles palatinos, que después de su muerte habían recibido sepultura conforme a su rango, sus legítimos dueños ordenaron que fueran sacados de las tumbas y creyeron oportuno arrojarles al mar, para que ninguno adorase el día de mañana como dioses a aquellos que estaban sepultados, según ellos se figuraban.

Y estas fueron las cosas que ocurrieron en Nicomedia a los comienzos mismos de la persecución. Además, poco después, como algunos en Melitina, región de la Armenia, y otros en Siria quisiesen apoderarse del poder, promulgó el emperador un edicto para que todos los prelados de cualquiera de las Iglesias fuesen apresados y ejecutados en las cárceles. El espectáculo de lo que luego pasó supera toda posibilidad de contarlos, pues al apresar a tan enorme muchedumbre de personas y ponerlos bajo custodia, las cárceles que antes estaban destinadas para los homicidas y los profanadores de sepulturas, entonces rebosaban con los obispos, presbíteros, diáconos, lectores y exorcistas, tanto que para los condenados por aquellos crímenes no se encontraba sitio para encerrarlos.

NUEVO EDICTO DE PERSECUCION

Como a los anteriores edictos (de persecución) viniera a añadirse otro nuevo, en el que se mandaba que los reclusos en las cárceles si sacrificaban se les pusiese en libertad y si se negaban fueran atormentados con durísima tortura, apenas si podía lle-

varse ya la cuenta de todos los que después padecieron martirio en cada una de las provincias, y sobre todo de aquellos que en Africa y Mauritania, en la Tebaida y en Egipto fueron muertos. Muchos de esta región, habiendo emigrado a otras ciudades y provincias, se distinguieron por los martirios sufridos allí gloriosamente.

LOS MARTIRES DE LA TEBAIDA

Pero desde luego sobrepasan todo lo que puede decirse los tormentos y dolores que sufrieron los mártires en la Tebaida, arañándoles con trozos de teja afilados, a manera de uñas, todo el cuerpo hasta que recibía la muerte con aquellas heridas. Mas a las mujeres, atadas por un pie, las colgaban con la cabeza hacia abajo y las levantaban luego con ciertas máquinas, con sus cuerpos completamente desnudos, con lo que ofrecían a todos un espectáculo a la vez torpísimo y cruelísimo. Otros perecieron siendo atados a los árboles o a sus ramas. Pues hacían juntarse y doblarse, por medio de ciertos artefactos, las ramas más fuertes de los árboles y en cada una de ellas ataban la extremidad del mártir, y luego dejaban volver libremente las ramas a su posición natural, con la intención de desgarrar en un solo momento los miembros de aquellos contra los que habían inventado tal barbarie.

Todos estos suplicios no duraban pocos días o un breve espacio de tiempo, sino el largo espacio de años enteros; algunas veces las víctimas sacrificadas fueron más de diez y más de veinte, otras veces no menos de treinta y también sesenta, y sucedió que en un solo día llegó hasta un centenar entre hombres, mujeres y niños, después de haber soportado varios y sucesivos padecimientos. Encontrándonos en aquellos lugares hemos visto nosotros mismos una gran muchedumbre de fieles perecer juntos en el mismo día, algunos decapitados, otros quemados vivos, tanto que a veces las espadas se embotaban hasta quebrarse y los verdugos, agotados de fuerzas, se sucedían los unos a los otros. Entonces hemos contemplado la constancia, la virtud verdaderamente divina y el celo de los que creían en Jesucristo, Hijo de Dios.

En efecto, apenas se pronunciaba la sentencia de muerte contra los primeros, de lugares diversos corrían otros al tribunal del

juez declarándose cristianos, sin preocuparse de los terribles peligros, de los tormentos de varias clases a que se exponían; antes bien, hablando intrépidos con franqueza del culto que debía darse a Dios creador del mundo, recibían con júbilo, con sonrisa, con alegría, la extrema sentencia de muerte, y asimismo cantaban himnos y daban gracias al mismo Señor hasta el último suspiro. Estos fueron ciertamente admirables; pero mucho más admirables fueron aquellos que, ilustres por su riqueza, por su nobleza, por su gloria, por su elocuencia y por su sabiduría, pospusieron todo esto a la verdadera religión y a su fe en nuestro Salvador Jesucristo.

VISION DE CONSTANTINO Y SU VICTORIA SOBRE MAJENCIO

(Hist. Eccla. lib. IX)

Constantino, de quien ya dijimos que descendía como emperador de otro emperador y era piadoso como de padre piadosísimo y afabilísimo, siendo el segundo después de él Licinio, ambos relevantes en prudencia y piedad, igualmente religiosísimos para con el rey de todos y Dios salvador, se levantaron en guerra contra los dos impíos tiranos, y dándose batalla, con el auxilio de la Divinidad, Constantino venció desde luego a Majencio en la ciudad de Roma, a pesar de no esperarlo nadie, y después le dio muerte. No mucho después Maximino, tirano del Oriente, fue vencido y murió con la más infame de las muertes, cupiéndole la victoria a Licinio, que todavía no había llegado al estado de locura declarada.

Desde luego fue el primero Constantino, quien además ocupaba el primer puesto en los honores y en la escala del imperio, quien compadecido de la pesadísima tiranía que soportaban los romanos, después de invocar repetidamente la protección del Dios del cielo y de su Hijo y Verbo, Salvador de todas las cosas, Jesucristo, se puso al frente de su ejército con la intención de devolver con su ayuda la libertad que los romanos habían recibido de sus antepasados. Pero Majencio confiaba más en el poder de las artes mágicas que en la complacencia de sus súbditos y ni se

atrevió a salir fuera de las puertas de Roma. Había fortificado todos los alrededores de la ciudad y los lagares, pueblos y regiones de Italia que estaban oprimidos con el yugo de la esclavitud se encontraban defendidos con tropas armadas y dispuestas a atacar a cualquier ejército; pero el emperador (Constantino), seguro de la protección divina, puesto en contacto con el primero, segundo y tercer ejército del tirano, los derrotó y puso en fuga sin gran trabajo. De esta forma halló expedito el camino de toda Italia, y marchando adelante llegó por último hasta la misma ciudad de Roma.

Y para que no hubiera necesidad de llevar la guerra a todos los romanos por causa de un solo tirano, Dios se le ofreció como obligado por ciertos compromisos muy fuera de las puertas de la urbe, y a la vez demostró claramente con obras la veracidad de aquellos antiguos prodigios que fueron obrados contra los impíos y que se refieren en los libros sagrados y que muchos quieren negarles su fe como si se tratase de fábulas, aunque los creyentes siempre les dieron su asentimiento, y este milagro que vamos a referir fue presenciado con sus propios ojos, tanto por los creyentes como por los infieles. Pues a la manera como en los tiempos de Moisés y del religioso pueblo de los hebreos, Dios *arrojó al mar los carros y el ejército de Faraón y a los más escogidos soldados que luchaban en grupos de tres desde los carros los sumergió en el mar y los cubrió con sus olas*, de igual manera Majencio y todos los que con él luchaban recibían soldada, *como si fueran piedras cayeron en el profundo del abismo*, entonces precisamente cuando ayudando Dios con su poder las tropas de Constantino hizo huir a los otros, los cuales se prepararon para cruzar el río que tenían detrás, en cuyo puente, construido de barcas, Majencio había mandando fabricar un artefacto que habría de convertirse en su ruina. Por lo cual también se pudo decir con toda propiedad: *Abrió y cavó una trampa y cayó en la misma hoya que había fabricado. Su trabajo le dará en la cabeza y sobre su coronilla recaerá su maldad* (Ps. 7, 16). Y de esta manera se desataron las ataduras del puente y empezaron a hundirse los que marchaban por él; al mismo tiempo las barcas se iban de repente al fondo con las mismas personas, y el primero de todos aquel criminalísimo tirano, y después todos los de su guardia personal que le rodeaban, como habían ya predicho los oráculos divinos, *como planchas de plomo fueron tragados*

por los profundos abismos (Ex. 16, 10). Tanto que los soldados, que entonces con la protección divina habían alcanzado la victoria, lo mismo que en otro tiempo los israelitas, a quienes aquel gran siervo de Dios, Moisés, guiaba, con razón pudieran cantar, si no con las palabras, al menos con las ideas, lo mismo que aquellos contra el impío rey Faraón: Cantaremos al Señor, pues ha sido glorificado magníficamente. Al caballo y al jinete los ha arrojado al mar. El Señor es mi auxiliador y protector, se ha convertido en mi salvación. Y también: ¿Quién semejante a ti entre los dioses, Señor? ¿Quién semejante a ti?, alabado entre los santos, admirable en su gloria, obrando prodigios (Ex. 15, sq. 11).

Estas cosas y otras parecidas habiendo dicho Constantino en alabanza de Dios, señor de todo lo creado y autor de la victoria como los hechos habían demostrado, entró triunfante en Roma, saliendo a recibirle con las mejores aclamaciones y con rebosante gozo todo el Senado, así como los personajes de la más rancia nobleza y todo el pueblo romano juntamente con sus mujeres e hijos, con rostro alegre y sincero, como a libertador salvador y autor de todos los bienes. Mas él, siendo naturalmente piadoso para con Dios, no se turbó por estas aclamaciones ni se hinchó con las alabanzas, sabiendo que la ayuda divina había estado tan clara para socorrerle, y por eso ordenó al instante que se colocase el trofeo de la cruz sobre la mano de la estatua que le habían levantado. Y habiéndole levantado los romanos una estatua en el lugar más noble de la ciudad, que llevaba en la mano derecha el signo salvador de la cruz, mandó grabar en su base la siguiente inscripción en lengua latina: "Con este signo saludable, que es la representación de la verdadera virtud, he conservado vuestra ciudad al librarla del yugo de una dominación tiránica. Después de conceder al Senado y pueblo romano su libertad, le he devuelto el honor y la gloria de su nobleza".

LA VISION DE CONSTANTINO

(Vida de Constantino, I, 27-29)

Mas después que hubo entendido ser necesario alguna ayuda superior a las muchas tropas, por razón de las artes maléficas y las

mágicas imposturas que el tirano utilizaba a conciencia, buscó la protección de Dios, poniendo en segundo lugar el aparato bélico y los muchos soldados (pensaba que faltándole Dios de nada habría de servirle lo demás), estando persuadido que únicamente era inexpugnable e invencible la ayuda de Dios. Y de aquí empezó a pensar qué Dios debería escoger. Y mientras andaba con esta preocupación, le vino este pensamiento: de entre los muchos que antes de él habían ocupado el imperio, aquellos precisamente que habían puesto su esperanza en la muchedumbre de los dioses y que los habían dado culto con víctimas y ofrendas, en primer lugar habían escuchado vaticinios estudiadamente halagüeños y luego habían sido engañados con oráculos que les prometían todas las felicidades, habiendo perecido por último con la más desgraciada de las muertes; ni uno solo de los dioses había acudido a socorrerlos para librarlos milagrosamente de su mala suerte; únicamente su padre, que había emprendido otro camino distinto de sus antecesores y que había condenado su error, habiendo dado culto durante toda su vida al Dios que está por encima de todas las cosas, le había sentido verdadero conservador y custodio de su imperio y autor de todos sus bienes.

Resolviendo él estas cosas entre sí y tomándolas en consideración, notaba que aquellos que habían puesto su confianza en la muchedumbre de los dioses, también habían caído en multitud de fracasos, tanto que ni de su casta, ni de su familia, ni de su gente, ni de su nombre no había quedado entre los hombres ni siquiera huella de su memoria; por el contrario, el Dios de su padre le presentaba muchas y significativas pruebas de su gran poder. Pensando además cómo los que anteriormente se habían levantado en armas contra los tiranos, marchando a la lucha con multitud de dioses, habían tenido ignominioso fin (uno, después de haber emprendido la acción, había terminado por huir; otro había recibido la muerte en mitad de su ejército, como si se tratara de una víctima casual de la muerte); abarcando, pues, todas estas cosas que digo con su pensamiento, llegó a la conclusión que era suma demencia dar culto a unos dioses que ni siquiera existen y persistir después de tantas y tan claras demostraciones en su ciego error. Por tanto, determinó dar culto al Dios único de su padre.

Empezó a implorar su socorro orando y pidiendo que se le mostrase para que le conociese y le prestase su mano protectora

en los asuntos que entonces le preocupaban. Para el emperador que así pedía y humildemente suplicaba, Dios le mostró cierta admirable señal, que si algún otro lo contara, difícilmente podría creérsele. Mas como el mismo victorioso Augusto nos lo relatase a nosotros que escribimos esta historia, mucho tiempo después del hecho, es decir, cuando llegamos a gozar de su trato y amistad, y aseguró sus palabras con el sagrado del juramento, después de todo esto, ¿quién dudará en prestar su fe a esta narración? Sobre todo teniendo en cuenta que los hechos subsiguientes se encargaron de confirmar con su testimonio la verdad de estas palabras. Afirmó haber visto con sus propios ojos, a las horas del mediodía, pero cuando ya el sol empieza a inclinarse hacia el ocaso, el trofeo de la cruz formado en el cielo como de luz y encima del sol, con una inscripción de este tenor: "Con esto vencerás". Con tal visión tanto él como los demás soldados que le seguían en no sé qué marcha y que fueron espectadores del milagro, quedaron fuertemente impresionados.

Mientras tanto él, según contaba, empezó a dudar dentro de sí, preguntándose qué querría significar tal aparición. Y después de mucho preguntárselo y rumiarlo, al fin pudo hallar la solución. El mismo Cristo se le apareció por la noche mientras dormía con aquella señal que le había sido mostrada en el cielo y le ordenó que fabricara un estandarte militar de las características de aquel que había visto en el cielo y que usase de él como de salvadora ayuda en las batallas.

NOTAS

- (1) Con objeto de que el lector pueda contrastar algunas afirmaciones de Lactancio y ver la correspondencia en autores coetáneos, ofrecemos estos dos apéndices, el primero con fragmentos de Eusebio de Cesarea y el segundo de Eutropio. Para Eusebio hemos utilizado su *Historia Eclesiástica* y su *Vida de Constantino*, siguiendo en casi todo a C. Kirch, núms. 444-460 y a la PG. 20, 743 ss.
- (2) Eusebio de Cesarea nació hacia el año 265, probablemente en la misma ciudad de Cesarea. Fue ordenado sacerdote y se dedicó a enriquecer con nuevos manuscritos la biblioteca de su ciudad natal. Ocupado en estos trabajos le sorprendió la persecución de Diocleciano, la que pudo pasar indemne. Después del edicto de Milán, del 313, fue elegido obispo de su ciudad natal. Durante diez o doce años pudo escribir los libros que le valieron la reputación del hombre más sabio de su tiempo. Debió morir hacia el año 340. A Eusebio se le acusa de adulación y servilismo ante Constantino. Es cierto que amó mucho y sintió gran admiración por este emperador, sentimiento general entre los cristianos que habían presenciado los horrores de la gran persecución. Sin embargo, no se aprovechó de la amistad que el emperador le prestó para su medro personal. Sobresale por su obra histórica. Su *Historia Eclesiástica* comprende diez libros y abarca desde la vida de Cristo hasta el año 411. Su valor es inapreciable, pues ella es la fuente donde han bebido los demás historiadores y nadie ha puesto en duda la sinceridad de Eusebio al redactar y compilar su historia. Su *Vida de Constantino* viene a ser un complemento de la obra anterior, aunque a decir verdad resulta más un panegírico que una relación imparcial. Abunda, con todo, en datos preciosos.
- (3) Diocleciano y Galerio.

APENDICE II

BREVIARIO DESDE LA FUNDACION DE ROMA

Por EUTROPIO (1)

LIBRO NOVENO

XIX. Entretanto, Carino, a quien había dejado como César en el Ilírico, en la Galia y en Italia al partir Caro contra los partos, se manchó con toda clase de crímenes. A muchas personas inocentes mandó dar muerte achacándoles delitos supuestos, deshonró los matrimonios más nobles. Para sus mismos condiscípulos, que en la clase le hubieran molestado con la más insignificante broma, fue dañino. Por lo que llegó a convertirse en odioso para todos y no mucho después encontró su merecido. Pues regresando el ejército vencedor de Persia, por causa de haber muerto Caro Augusto de un rayo y Numeriano César en una emboscada, creó emperador a Diocleciano, oriundo de la Dalmacia, persona de ascendencia oscurísima, tanto, que muchos le tenían por hijo de un escribano y otros le suponían liberto del senador Anulino.

XX. Diocleciano juró en la primera ocasión en que se presentó ante los soldados, que no tenía parte en la muerte de Numeriano, y estando allí Apro, que había organizado la conjuración contra Numeriano, a la vista de todo el ejército, le hirió de su propia mano. Después venció a Carino, que vivía con el odio y detes-

tación de todos; en una gran batalla dada junto al río Margo (2) y fue traicionado por su ejército, que era más poderoso que el de Diocleciano, y hasta abandonado de los suyos, entre los montes Viminacio y Aureo. De este modo se construyó en señor supremo y absoluto del gobierno de Roma, y habiéndose levantado en la Galia los trabajadores y dando por nombre a su facción el de Bacaudos (3) y siendo los dirigentes de la misma Amando y Eliano, mandó a apaciguarlos al César Maximiano Hercúleo, quien, con fáciles batallas, sometió a los campesinos y devolvió la paz a las Galias.

XXI. También por entonces Carausio, que a pesar de ser de familia humilde había alcanzado gran fama por su valor en el ejército, habiendo recibido en Bolonia el encargo de tener en paz todo el trozo de costa que va desde la Galia (Bélgica) hasta la Armórica, que los francos y sajones recorrían, logró hacer prisioneros muchos bárbaros, pero no entregaba el botín íntegro a los provinciales que habían sufrido saqueos ni lo enviaba a los emperadores; con lo que empezó a sospecharse que estaba en connivencia con los bárbaros, de los que recibía botín por permitirles sus correrías, y así se ordenó su muerte por Maximiano, pero él vistió la púrpura y ocupó las Bretañas.

XXII. Así llegaron a ponerse las cosas de tal modo, que en todo el orbe había revoluciones, pues Carausio se había rebelado en las Bretañas, Aquiles en Egipto, los Quinquegentianos campaban en Africa, Narsés había llevado la guerra al Oriente, por lo que Diocleciano, de César, convirtió a Maximiano Hercúleo en Augusto, a Costanzo y Maximino los nombró Césares, de los cuales se suponía que Costanzo era descendiente de Claudio por una hija, y Maximiano Galerio había nacido en la Decia, no lejos de Sardes. Y para unirlos, también por afinidad, Costanzo tomó por esposa a Teodora, hijastra de Hercúleo, de la cual tuvo después seis hijos, hermanos de Constantino, y Galerio tomó a Valeria, hija de Diocleciano. Obligó a ambos a repudiar sus anteriores esposas. Con Carausio terminó por hacer la paz, pues en vano había intentado reducir por la guerra a quien era tan entendido en asuntos militares. Al tal terminó por asesinarle, al cabo de siete años, Aleto, aliado suyo, y todavía éste estuvo posesionado de las Bretañas por tres años. Quien bajo la dirección de Asclepiades, prefecto del pretorio, fue vencido. Así fueron recuperadas las Bretañas al cabo de diez años.

XXIII. Por aquel tiempo se llevó también a cabo la guerra con muy buena fortuna por Costanzo contra los lingontes (4). En un mismo día tuvo ocasión de probar la adversa y la próspera fortuna. Pues habiendo hecho una repentina incursión una banda numerosa de bárbaros, se vio obligado a recogerse en la ciudad ante tan acuciante apuro, pero, cuando ya las puertas estaban cerradas, debiendo subir hasta la muralla por una cuerda. Apenas habían transcurrido cinco horas, cuando, con la venida de un ejército de socorro, logró postrar casi a sesenta mil alemanes. También Maximiano Augusto logró vencer en Africa, sometiendo a los Quinquegentianos y reduciéndolos a la paz. Diocleciano, después de tener sitiado a Aquiles por ocho meses en Alejandría, le venció y mandó dar muerte. Usó de la victoria con demasiada crueldad; ensangrentó a todo Egipto con duros destierros y muertes. Pero ya con aquel motivo dispuso y decretó muchas cosas sabiamente, que están en vigor hasta nuestros días.

XXIV. Galerio Maximiano tuvo su primera actuación contra Narsés, pero la guerra le fue desfavorable en el encuentro que tuvo en Calínico y Charrán (en la Mesopotamia), por haber luchado con más impremeditación que bravura. Había pretendido vencer un numerosísimo ejército con muy pocas tropas. Rechazado, pues, y obligado a volver a Diocleciano, como éste le saliese al encuentro, se cuenta que Diocleciano le recibió con tanto desprecio que durante unas cuantas millas hubo de correr detrás de su carroza el que iba vestido de púrpura.

XXV. Pero después juntó tropas por el Ilírico y la Mesia y de nuevo luchó en la Armenia mayor con Narsés, tío de Hormisdas y de Sapor, esta vez con gran éxito y a la vez con no menor inteligencia y fortaleza, pues hasta llegó a tomar el oficio de espía con uno o dos compañeros a caballo. Hizo huir a Narsés y destruyó sus campamentos. Hizo prisioneros a sus mujeres, hermanos e hijos, además otra mucha nobleza persa y riquísimo tesoro oriental. A Narsés le obligó a refugiarse en las últimas soledades de su reino. Vuelto a Diocleciano, después de entretenerse como triunfador entre las guarniciones de la Mesopotamia, fue recibido con el máximo honor. Después llevaron a cabo varias guerras, unas veces juntos todos los emperadores, otras cada uno por su cuenta, de manera que sometieron a los Carpos y a los Basternos y vencieron a los Sármatas, haciendo masas enormes de prisioneros entre

estos pueblos, que después asentaron dentro de los confines del imperio romano.

XXVI. Diocleciano era de índole astuta, muy sagaz y de sutil ingenio, hasta el punto de saber saciar su crueldad, pero haciendo recaer la culpa en otros. Muy trabajador y a la vez activísimo y listo, fue el primero que introdujo en el imperio romano las formas más propias de la tiranía que de la romana libertad, ordenando que se le prestase adoración, cuando antes todos los emperadores habían sido saludados. Implantó adornos de piedras preciosas en los vestidos y en el calzado. Pues anteriormente el único distintivo del imperio era la clámide de púrpura; lo demás era lo corriente a las restantes personas.

XXVII. Mas el Hercúleo, públicamente era feroz y de trato incivil, declarando su misma tosquedad la fealdad de su rostro. A Diocleciano le obedecía siempre en todas sus resoluciones, aun en las más duras. Mas como con el pasar de los años Diocleciano se encontrase poco hábil para sostener el imperio, propuso a Hercúleo el que se retirasen a la vida privada y entregasen la defensa de la república a personas más fuertes y jóvenes. A quien de mala gana obedeció el colega. Con todo, ambos, en el mismo día, cambiaron las insignias del imperio por las vestiduras de particulares; Diocleciano en Nicomedia, Hercúleo en Milán, después de haber conseguido ínclitos triunfos en Roma, como el que con ilustre pompa de despojos tuvo lugar cuando las mujeres, hermanas e hijos de Narsés, eran llevados delante de los carros. Se retiraron el uno a Espalato y el otro a Lucania.

XXVIII. Diocleciano, como una persona particular, fue envejeciendo en esclarecido retiro en una villa que levantó no lejos de Espalato, demostrando rara virtud por ser el primero de todos que, después de la fundación del imperio romano, de la cumbre de la gloria se redujo al estado de condición de vida privada. Le sucedió, por tanto, a él lo que a nadie había pasado, que aun muriendo como un particular fue incluido en la relación de los Divos.

LIBRO DECIMO

I. Después de abdicar éstos el gobierno de la república, Costanzo y Galerio fueron creados Augustos, y el mundo romano fue

dividido entre ambos, correspondiéndole a Costanzo Galia, Italia y Africa, y a Galerio el Ilírico, Asia y Oriente, ayudándose de dos Césares. Mas Costanzo, contento con la sola dignidad de Augusto, declinó las preocupaciones del gobierno de Italia y Africa. Era un varón egregio y de distinguidísima civilidad, que se preocupaba enormemente del bienestar de los magistrados de las provincias y de los mismos particulares, no teniendo tanto interés por los bienes de la casa imperial, diciendo que mejor estaba el dinero público en poder de los particulares que encerrado en una cámara, y era tan moderado en el cuidado de su persona, que si había de celebrar algún día de fiesta cualquier banquete con sus numerosos amigos, había que solicitar antes de los particulares, casa por casa, el dinero necesario para preparar los triclinios. Fue no sólo amable sino hasta objeto de veneración por parte de los galos, a causa, sobre todo, de haber desaparecido durante su gobierno el recelo malicioso de Diocleciano y las sanguinarias crueldades de Maximiano. Murió en Bretaña, en York, el año trece de su principado y fue incluido entre los Divos.

II. Galerio, varón de buena índole y famoso en asuntos militares, al ver que Italia también se le agregaba a su gobierno por abandono de Costanzo, creó dos Césares: Maximino, que puso al frente del Oriente, y Severo, a quien dio Italia. El fijó su residencia en el Ilírico. Mas al morir Costanzo, Constantino, que era hijo suyo de un matrimonio ilegal, fue creado emperador en Bretaña y pasó a ocupar el lugar de su padre, con los mejores augurios de gobernante. Entre tanto, los pretorianos, amotinándose en Roma, nombraron Augusto a Majencio, hijo de Hercúleo, que residía en una villa pública, no lejos de la ciudad. Al enterarse de la noticia cobró esperanzas Maximiano Hercúleo de volver al poder, que, obligado, tuvo que dejar, y se dirigió velozmente a Roma desde Lucania, donde había fijado su residencia como persona privada, viendo llegar la vejez en medio de campos amenísimos, y escribió a la vez a Diocleciano, animándole a volver a hacerse cargo del mando; pero éste no lo tomó en cuenta. Mas contra la revolución de los pretorianos y de Majencio, Severo César fue enviado a Roma por Galerio y llegó con su ejército y puso cerco a la ciudad, viéndose luego abandonado por culpa de sus soldados.

III. Aumentando con esto las fuerzas de Majencio, se vio confirmado en el mando, y huyendo Severo, fue muerto en Rávena. El mismo Maximiano Hercúleo, que pretendió después de todo esto despojar de la púrpura a su hijo Majencio, a la vista de todo el ejército, hubo de sufrir la revuelta y los insultos de los soldados. Desde allí marchó a las Galias, fingiendo que había sido expulsado por su hijo, para unirse a su yerno Constantino, pero maquinando dar muerte a éste en la primera ocasión, quien ya reinaba en las Galias con gran contento de los soldados y magistrados, después de haber aniquilado a los Francos y Alemanes y haber tomado sus tierras, a los cuales arrojó a las fieras en unos públicos espectáculos que dio por entonces. Descubierta la conjuración por su hija Fausta, que dio cuenta a su marido de ella, huyó Hercúleo, y recluido en Marsella, desde allí intentaba marchar por mar hasta encontrarse con su hijo, este hombre tan inclinado a la dureza y a la crueldad, desconfiado, dañino, carente de la más elemental educación.

IV. Por esta época Licinio fue nombrado emperador por Galerio. Era oriundo de la Dacia y le conocía de antiguo y también en la guerra que había llevado a cabo contra Narsés y le apreciaba por sus trabajos y servicios. La muerte de Galerio fue al poco tiempo. Así, pues, la república era entonces gobernada por cuatro nuevos emperadores: Constantino y Majencio, hijos de los Augustos; Licinio y Maximino, personajes nuevos. A los cinco años de gobierno, Constantino emprendió la guerra civil contra Majencio, derrotó a sus tropas en varias batallas y, finalmente, a él mismo, que cometía todo género de crueldades contra la nobleza, le venció junto al puente Milvio y se hizo dueño de Italia. No mucho después, también en Oriente, en contra de Licinio, Maximino maquinó nuevas operaciones, sin darse cuenta que una muerte casual que le cogería en Tarso sería causa de su cercano fin.

V. Constantino, empero, varón de grandes ánimos y dispuesto a ejecutar todo lo que le viniese a su mente, con el fin de poder alcanzar el principado de todo el mundo declaró la guerra a Licinio, aunque estaban ligados por vínculos de amistad y parentesco, pues su hermana Costanza estaba casada con Licinio. Y en primer lugar, cayendo de pronto sobre él en la Pannonia segunda (5), con asombroso aparato bélico, le venció al tiempo en que se

preparaba a llevar la guerra contra los Ciberales (6) y apoderándose de toda la Darnania, la Mesia y la Macedonia, ocupó numerosas provincias.

VI. Hubo posteriormente entre ellos varias guerras, se hizo la paz y de nuevo se rompió. Finalmente, Licinio, vencido por mar y tierra, se entregó en Nicomedia, y contra la santidad del juramento, fue muerto en Tesalónica como una persona particular. Entonces el gobierno de Roma se hizo por medio de un Augusto y tres Césares, cosa hasta entonces desconocida, ya que los hijos de Constantino mandaban en Galia, Oriente e Italia. Pero hay que reconocer que la demasiada prosperidad cambiaron algo la suave docilidad del carácter de Constantino. Empezó por perseguir a sus mismos parientes, a su hijo, varón egregio, y al hijo de una hermana, joven de condición agradable, le mandó matar, después a su esposa, y, por último, a numerosos amigos.

VII. Varón fue Constantino que al principio de su gobierno se le pudo comparar con los mejores príncipes, y al fin, solamente con los medianos. Resplandecieron en él innumerables virtudes de alma y cuerpo. Afanosísimo de la gloria militar, fue muy afortunado en las guerras, pero sin menospreciar por ello su valor personal. Pues también a los Godos, después de la guerra civil, logró vencerlos varias veces, obligándolos por último a la paz, dejando muy grato recuerdo de sí entre los pueblos bárbaros. Se complacía en las artes civiles y en los estudios liberales; era equilibrado en la expresión de su amor, que siempre buscó para sí con liberalidad y complacencia, si bien en algunos casos de amigos fue dudoso, en los restantes se mostró sobresaliente, no perdiendo jamás la ocasión de emular a los más ricos y afamados.

VIII. Promulgó muchas leyes (7); algunas procedían de un ánimo bueno y justo, bastantes superfluas y algunas muy duras, y fue el primero que trabajó para engrandecer tanto el prestigio de la ciudad de su nombre (8), que la hizo rival de Roma. Cuando estaba madurando una guerra contra los Partos, que daban ya de hacer en la Mesopotamia, a los treinta y un años de su imperio y a los sesenta y seis de su edad, murió (9) en Nicomedia, en la villa pública (10). Su muerte fue anunciada también por una estrella con cola, de tamaño desacostumbrado, que brilló durante algún tiempo. Los griegos llaman a tales astros cometas. Mereció también ser inscrito entre los Divos.

NOTAS

- (1) Eutropio, *magister memoriae*, es decir, director de la cancillería del emperador Valente (364-378) obtuvo incomparable éxito con su *Breviarium ab urbe condita*, resumen de la historia romana desde los tiempos de Rómulo. Los diez libros son de escasísima extensión y ofrecen un carácter poco coherente. Su estilo es sobrio y claro y en las biografías de los emperadores el autor se esfuerza en ofrecernos ceñidas semblanzas, distribuyendo imparcialmente la luz y las sombras. Su obra tuvo mucho éxito en toda la antigüedad hasta nuestros días, por su carácter de compendio. Ofrecemos algunos capítulos del Libro IX y de libro X, donde se habla principalmente de la tetrarquía y de Constantino, para que sirva de contraste con la obra de Lactancio.
- (2) Río de la Mesia.
- (3) *Bacaudos* o *Bagandos* en lengua celta significa *rebeldes*.
- (4) Pueblo que habitaba la meseta de Langres.
- (5) Una de las cuatro partes en que estaba dividida la Pannonia.
- (6) Habitantes de la parte baja de la Pannonia.
- (7) Eutropio no fue ciertamente juez sereno de Constantino. Calla tantas buenas cosas del emperador, como el edicto de Milán. Sus reformas fueron sobre todo constitucionales y administrativas.
- (8) Esta es Bizancio, a quien dio el nombre de Constantinopla y a donde trasladó la capital del imperio.
- (9) Murió el 337.
- (10) Sabemos que los romanos llamaban villas a las suntuosas casas de campo, a manera de palacios para veranear. La villa pública solía destinarse al alojamiento de legados y embajadores.

INDICE

	Págs.
Introducción	3
El autor y su obra	3
El "De mortibus persecutorum"	6
Sobre la muerte de los perseguidores	11
 Apéndice I	 93
Historia eclesiástica de Eusebio de Cesarea (Libro octavo)	 93
Edictos de persecución	95
Conducta de los perseguidores	95
La persecución militar	96
Heroísmo de un cristiano de Nicomedia	97
Martirio de los residentes en los Palacios imperiales .	98
Nuevo edicto de persecución	99
Los mártires de la Tebaida	100
Visión de Constantino y su victoria sobre Majencio .	101
La visión de Constantino	103
 Apéndice II	 107
Breviario desde la fundación de Roma	107
Libro noveno	107
Libro décimo	110